

La construcción de la Nación española durante el siglo XIX: logros y límites de la asimilación en el caso valenciano

*Manuel Martí
Ferran Archilés*

Universitat de València
Estudi General

1

Continúa siendo habitual la percepción del siglo XIX español como un ejemplo de trayectoria histórica peculiar, marcada por la frustración del proceso modernizador. Esta interpretación (que, con mayor o menor énfasis, se ha sostenido desde principios de la centuria que ahora acaba) ha hecho del fracaso (o, en versión más matizada, de las limitaciones) de la revolución liberal el elemento central de la explicación de una supuesta especificidad de la historia contemporánea de España en comparación con una (no menos preconcebida) vía europea hacia la modernidad. Falta de una convulsión político-social que llevara al poder a una nueva clase burguesa, la sociedad española habría permanecido dirigida por un bloque de poder oligárquico, más o menos inalterado, procedente en buena medida de las estructuras del Antiguo Régimen ¹.

Es bastante conocido el hecho de que la mayoría de los historiadores españoles han procedido a la revisión de esa imagen peculiar, hasta el punto de que otros, como B. de Riquer, han alzado su voz contra lo que consideran una oscilación excesiva del péndulo interpretativo ². Sin terciar, por ahora, en esta cuestión, vale la pena señalar que (aunque

¹ Quizá sean los dos últimos grandes hitos de esa interpretación centrada en la especificidad dos obras casi coetáneas, M. TUNJÓN DE LARA, *Estudios sobre el siglo XIX español* (Madrid, 1971) y I. FONTANA, *Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX* (Barcelona, 1973).

² B. DE RIQUER, «La historia de un país nonnal, pero no tanto», *El País*, 17-3-1998.

se puedan distinguir matices) la mayoría de los que apuestan por la consideración de un siglo XIX español plenamente ajustado a las coordenadas europeas generales han guardado un estruendoso silencio sobre un elemento clásico en el paradigma de la especificidad: la supuesta debilidad del proceso de difusión social de la identidad nacional española moderna ³.

En efecto, y en su versión usual, una de las consecuencias de aquella especificidad histórica habría sido un incompleto proceso de nacionalización, de construcción de la nación española, que (desde 1. J. Linz hace un cuarto de siglo hasta B. de Riquer en la actualidad) se viene explicando por el encadenamiento de una crisis de penetración del Estado durante el XIX y una crisis de identidad nacional en el XX ⁴. Al efecto, se aducen como factores fundamentales la aguda crisis política desde la invasión francesa en 1808 hasta la Restauración borbónica en 1875, con lo que ello habría representado de deslegitimación del Estado y de la nación a él asociada, el retroceso ininterrumpido de España como potencia en la escena internacional y la reticencia de los propios gobernantes ante un ideario nacionalista vinculado a la revolución liberal.

El crónico endeudamiento estatal contribuiría a explicar el escaso esfuerzo de penetración en la sociedad y en el territorio por parte de los aparatos del Estado encargados de construir y reforzar la identidad nacional. Esta crisis de penetración precedería a la crisis de la propia identidad nacional, favorecida por una industrialización fuertemente regionalizada que habría permitido el desarrollo de propuestas nacionales alternativas, cuyo impulso se suele atribuir, de forma hartó simplista, a las burguesías catalana y vasca ⁵.

Semejante interpretación, que sigue siendo la más extendida, choca, en muchos aspectos, con los resultados de la renovación historiográfica

³ Por ejemplo, S. JULIÁ, «Anomalía, dolor y fracaso de España», *Claves de Razón Práctica*, núm. 66 (1996), donde la cuestión no se aborda, y J. P. FUSI y I. PALAFOX, *España: 1808-1996. El desafío de la modernidad* (Madrid, 1997), donde se diluye en una narración política poco problematizada.

⁴ I. I. LINZ, «Early State-Building and Late Peripheral Nationalisms against the State», en S. N. EISENSTADT, S. RIIKKAN (eds.), *Building States and Nations* (Londres, 1973), vol. 2, pp. 32-112. B. DE RIQUER, «Reflexions entorn de la dèbil nacionalització espanyola del segle XIX», *L'Avenc*, núm. 170 (1993), pp. 8-15; también en *Historia Social*, núm. 20 (1994), pp. 97-114.

⁵ Puede accederse a un estado de la cuestión en X. M. NÚÑEZ SEIXAS, «Os nacionalismos na Espanha contemporanea: urna perspectiva histórica e algumas hipóteses para o presente», *Análise Social*, pp. 131-132 (1995), pp. 489-526; del mismo autor,

de los últimos años. Ésta ha puesto de manifiesto, en primer lugar, la magnitud de la ruptura política y social que supuso el proceso revolucionario liberal ⁶. En segundo lugar, el alcance de la politización que acompañó a dicho proceso y al virulento debate posterior sobre la naturaleza del Estado surgido de la revolución y sobre la participación política en sus decisiones ⁷. Y, en tercer lugar, la estabilidad política lograda en el marco liberal-oligárquico de la Restauración, así como el arraigo conseguido por los movimientos de oposición ⁸.

Ha de subrayarse, además, algo que esa versión usual deja de lado: el hecho de que, hasta el último cuarto del siglo XIX no hubo cuestionamiento alguno de la identidad nacional de los españoles, y sólo la consolidación del nacionalismo catalán en la primera década del nuevo siglo consiguió impugnar dicha identidad con cierto respaldo político. De hecho, España es uno de los tres únicos países de Europa que no han visto alteradas sus fronteras continentales desde el final de las guerras napoleónicas, como observó W. Connor, aunque debe mencionarse también, en este capítulo, el dato evidente de que tampoco participó en las dos grandes guerras del último siglo ⁹. En el haber del nacionalismo español hay que anotar también, como ha señalado el propio Linz, el carácter minoritario de los movimientos nacionales alternativos en las amplias zonas geográficas que, además del País Vasco y de Cataluña, disponen de lenguas distintas del español (Galicia, Navarra y los demás países de lengua catalana: el valenciano y las islas Baleares y Pitiusas) ¹⁰.

«Questione nazionale e crisi statale: Spagna, 1898-1936», *Ricerche Storiche*, núm. 29-1 (1994), pp. 87-117.

⁶ I. CASTELLS, «La rivoluzione liberale spagnola nel recente dibattito storiografico», *Studi Storici*, núm. 36-1 (1995), pp. 127-161.

⁷ J. MILLÁN, «Burguesia i canvi social a l'Espanya del segle XIX», *Recerques*, núm. 28 (1994), pp. 73-80.

⁸ R. ZURITA, «La natura del potere politico nella Spagna della Restaurazione (1875-1902): un bilancio storiografico», *Quaderni Storici*, núm. 87 (1994), pp. 805-827; B. DE RIQUER, «Les burguesies i el poder a l'Espanya de la Restauració», *Recerques*, núm. 28 (1994), pp. 43-58.

⁹ «Ethnonationalism in the First World: the Present in Historical Perspective» (ed. orig., 1979), en W. CÜNNÜR, *Ethnonationalism. The Quest for Understanding* (Princeton, N. J., 1994), pp. 169 Y 185 (n. 13).

¹⁰ I. J. LINZ, «Los nacionalismos en España: una perspectiva comparada», en E. D'AURIA y J. CASASSAS (coord.), *El Estado moderno en Italia y España* (Barcelona, 1993); también en *Historia y Fuente Oral*, núm. 7 (1992), pp. 127-135.

Una perspectiva mínimamente comparada obliga, pues, a reconsiderar el balance de los logros y los límites del proceso de nacionalización en la identidad española. Así, incluso aquellos que (como J. Álvarez Junco) continúan manteniendo una visión tradicional del siglo XIX español ¹¹ reconocen que el proceso de construcción nacional se encontraba mucho más avanzado, a finales de la centuria, de lo que se suele afirmar ¹². Retomando la labor de la Ilustración, el liberalismo revolucionario emprendió la tarea de forjar una identidad nacional. En muy diversos campos (de la historia a la pintura, pasando por la literatura), «*hacia mediados de los años sesenta se había completado la fase inicial, y fundamental, en la construcción de la nueva identidad nacional*». Durante esa década, además, la guerra de África permitió la primera gran agitación patriótica desde la francesada y, por sus especiales características, hizo posible, en opinión del autor antes citado, la incorporación a la nueva retórica nacionalista de sectores conservadores y católicos que hasta entonces la habían rechazado.

A partir de 1880 se abrió una nueva etapa en la construcción de una cultura nacional moderna (desde los *Episodios nacionales* de Galdós al apogeo y difusión de la zarzuela) y se reprodujeron las manifestaciones patrióticas a propósito de los incidentes de las Carolinas (1885) y Melilla (1893). En palabras de J. Álvarez, «*al finalizar el siglo, pues, el repertorio estereotipado de la identidad nacional y los valores castizos estaba dise-*

¹¹ Desde su temprana crítica al concepto de revolución burguesa, las posiciones de J. ÁLVAREZ JUNCO se han mantenido invariables y, por lo visto, impermeables a la profunda renovación experimentada en el conocimiento del período; cf. «A vueltas con la Revolución Burguesa», *Zona Abierta*, núms. 36-37 (1985), pp. 81-106, con «Estado y sociedad en España durante la década de 1890», en J. P. FUSI Y A. NIÑO (eds.), *Vísperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98* (Madrid, 1997), pp. 47-64.

¹² Los párrafos que siguen recogen la argumentación expuesta en diversos trabajos por J. ÁLVAREZ JUNCO, «Los "Amantes de la Libertad": la cultura republicana española a principios del siglo XX», en N. TOWNSON (ed.), *El republicanismo en España (1830-1977)* (Madrid, 1994), pp. 265-292. «Redes locales, lealtades tradicionales y nuevas identidades colectivas en la España del siglo XIX», en A. ROBLES ECEA (comp.), *Política en penumbra. Patronazgo y clientelismo políticos en la España contemporánea* (Madrid, 1996), pp. 71-94; «The Nation-Building Process in Nineteenth-Century Spain», en C. MAR-MOLINEHO y A. SMITH (eds.), *Nationalism and the Nation in the Iberian Peninsula. Competing and Conflicting Identities* (Oxford-Washington D. C., 1996), pp. 89-106; «El nacionalismo español como mito movilizador. Cuatro guerras», en R. CRUZ Y M. PÉREZ LEDESMA (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea* (Madrid, 1997), pp. 35-67; «La nación en duda», en J. PAN-MONTUJO (coord.), *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis defin de siglo* (Madrid, 1998), pp. 405-475.

ñado de forma bastante completa y parecía bastar para cumplir las funciones sociales y políticas a las que estaba destinado». La principal de ellas era la legitimación de la existencia de un Estado unido, con pretensiones de potencia europea, basado en una identidad nacional indiscutida.

Sin embargo, el fantasma castizo de la deficiente nacionalización resurge con la crisis finisecular. Los acontecimientos de 1898 provocaron, según el mismo historiador, una explosión, a derecha e izquierda, de nacionalismo español. Sus destinatarios serían las clases urbanas educadas, únicos estratos sobre los que el proceso de nacionalización decimonónico habría surtido efecto, y sus promotores las elites intelectuales centralistas, mientras que las periféricas optaron por el abandono del proyecto nacional español¹³. Si esta última afirmación supone una evidente transgresión de la cronología del surgimiento del catalanismo nacionalista, tampoco la interpretación general permite dar cuenta de lo que ya se conoce sobre el proceso de asimilación en la identidad nacional española a propósito de ámbitos territoriales, como, por ejemplo, el País Valenciano.

11

Debe recordarse que el Reino de Valencia fue entidad política relativamente independiente (aunque, desde luego, no soberana) desde su fundación en el siglo XIII hasta 1707; que el País Valenciano contemporáneo no careció, como se sabe, de elites políticas y económicas con apreciable capacidad de actuación autónoma; que las variantes valencianas del catalán constituían, hacia 1900, la lengua mayoritaria en la vida no oficial y que, por último, esta lengua había vuelto a ser objeto, desde el primer tercio del siglo XIX, de un uso literario, culto y popular, no despreciable¹⁴.

La reconsideración del proceso de construcción de la nación española en el siglo XIX debe partir, por tanto, del hecho indiscutible de que, por las razones que fueren, la acción estatal sí cosechó un sonoro fracaso

¹³ La interpretación del 98 en estos términos se extrae de J. ÁLVAREZ JUNCO, «La nación en duda», *op. cit.*, de donde proceden también (pp. 433 y 438) las dos citas textuales de los párrafos anteriores.

¹⁴ Puede obtenerse una excelente visión de conjunto sobre la historia valenciana en A. FURIÓ, *Historia del País Valencia* (Valencia, 1995).

en lo referente a la homogeneización lingüística. A finales del siglo XIX, la lengua española seguía confinada en los territorios valencianos del interior que (desde fechas que son difíciles de fijar) la tienen históricamente como propia, mientras que el proceso de sustitución lingüística sólo había afectado a exiguas minorías acomodadas en las capitales de provincia, especialmente en Alacant, donde, según parece, la interrupción de la transmisión familiar del catalán sólo dejó de ser un fenómeno férreamente clasista alrededor de 1910, cuando el castellano fue adoptado como lengua de relación por algunos sectores intermedios del centro de la ciudad ¹⁵.

Uno de los factores conducentes al mantenimiento de la lengua catalana fue, sin duda, la alta tasa de analfabetismo en español, un elemento que quizá debiera ser considerado como producto no tanto de las limitaciones del sistema educativo estatal como de las peculiaridades derivadas de la especialización de la agricultura mediterránea en cultivos comerciales intensivos en trabajo, lo que incentivaba la incorporación temprana de los varones jóvenes al mundo del trabajo. De hecho, las provincias valencianas ocupaban puestos muy rezagados en los índices finiseculares de alfabetización, pero también ocurría lo mismo con la de Murcia, por ejemplo ¹⁶.

Con todo, el analfabetismo no debe ser tenido por barrera insalvable para la penetración de contenidos culturales ligados a una determinada identidad nacional. La práctica de la lectura en voz alta estaba muy extendida y se llevaba a cabo en casinos, talleres (de artesanos varones y de costura femenina), tabernas y hogares (hay testimonio de esta práctica, por ejemplo, entre familias jornaleras de Sueca en los años finales del XIX) ¹⁷. Quienes ejercían de lectores transmitían, sin lugar a dudas, las actitudes y valores que habían recibido con las primeras letras.

Además de la alfabetización en español, los programas escolares (y se toma aquí el ejemplo de los aplicados en las escuelas públicas

¹⁵ B. MONTOYA, *Alacant: la llengua interrompuda* (Valencia, 1996).

¹⁶ 1. DEL ALCÁZAR, *Empobriment i rebel·lia (Els proletaris rurals de l'Horta-Albufera a l'època dels avalots, 1914-1920)* (Catarroja, 1985). A. MAYORDOMO, *Història local de l'educació. Propostes i fonts per a una història de l'educació en la societat valenciana* (Valencia, 1991). C. E. NÚÑEZ, *Lafuente de la riqueza (educación y desarrollo económico en la España contemporánea)* (Madrid, 1992).

¹⁷ M. MAHTÍ, «La tensa estabilitat: entre l'economia agrària i la societat urbana (1874-1911)>>, en A. FURIÓ (coord.), *Historia de Sueca* (en curso de publicació).

de Carcaixent en 1915)¹⁸ incluían elementos de adoctrinamiento no sólo religioso. Así, en primer curso (6-7 años), el programa de geografía contenía temas del estilo de «*Cómo se dividen las religiones. Religiones monoteístas y politeístas. Cuál es la religión verdadera*», pero también epígrafes como «*Gobierno, religión e idioma de España*», mientras que el de historia comenzaba con «*Cuándo principió a poblarse España*» y, tras fenicios, cartagineses, romanos, godos, Covadonga y don Pelayo, Reyes Católicos y Colón, se pasaba directamente a «*Quién gobierna hoy España. Cuándo nació Alfonso XIII*».

Un trimestre y medio del último curso (sexto, 12-13 años) se dedicaba a una geografía física, política y económica de «*la Nación*» («*Nación o estado*» había sido uno de los puntos abordados el año anterior, y no parece que la conjunción sugiriera un sentido disyuntivo), además de una geografía descriptiva regional de España. En segundo curso ya se había introducido un postrer epígrafe sobre «*Con qué confina el reino de Valencia: cuántas provincias tiene*», después de haber visto «*División de España en regiones y provincias*» en el tema encabezado por la referencia, empleando siempre el singular, al gobierno, religión e idioma de España. Por otra parte, la historia continuaba siendo historia nacional española, con atención preferente a la Edad Media, aunque un mes se consagraba al siglo XIX y el último epígrafe era «*Historia de la Restauración hasta nuestros días*».

El adoctrinamiento religioso ocupaba un cuarto del horario lectivo a lo largo de toda la escolarización primaria (y eso sin incluir en la cuenta la demostración geográfica de la religión verdadera). A la alfabetización se destinaba casi la misma carga lectiva, aunque mucho más, en comparación, durante el primer ciclo (6-10 años), mientras que la geografía y la historia de España alcanzaban el catorce por ciento del total. En conjunto, las materias destinadas a formar individuos capaces de participar en una cultura nacional de contenido fuertemente confesional ocupaban casi dos terceras partes de la enseñanza primaria (hasta el setenta por ciento en el ciclo elemental, que era el más cursado).

Por lo tanto, si el diagnóstico lingüístico es inapelable, el balance debe ser más complejo por lo que respecta a la homogeneización cultural. En el ámbito de la cultura popular, el único elemento unificador era, dentro de las aficiones de masas, la fiesta de los toros, que desplazó

¹⁸ A. I. VIAL y V. FERRER, «Analfabetisme i ensenyament a Careixent en l'any 1915», en *L'escenari històric del Xúquer. Actes de la IV Assemblea d'Història de la Ribera* (L'Alcúdia, 1988), pp. 183-198.

parcialmente a las tradiciones autóctonas, aunque esa sustitución se circunscribiera, probablemente, a las capitales de provincia y sus áreas de influencia inmediata. Los deportes, en los que predominaba la afición a la pelota en sus modalidades valencianas, y el teatro popular, donde eclosionó el *sainet* en catalán vulgar, eran terrenos relativamente independientes de las tendencias generales españolas, hasta la difusión, en las primeras décadas del XX, de los espectáculos de masas, como el cinematógrafo o el fútbol. Carecemos, por desgracia, de un estudio exhaustivo sobre la intensidad y ritmo de la penetración de otras manifestaciones culturales, como la zarzuela, por citar alguna.

En lo que se refiere a la alta cultura, el proceso de homogeneización estaba mucho más adelantado. El español era la lengua de la religión, de la enseñanza, de la prensa (excepto la satírica) y de la mayor parte de la literatura tenida por culta. El uso del catalán en la esfera pública comenzó a ser mirado con desconfianza desde los primeros años de la Restauración. En 1883, el periódico de los castellarinos de Castelló de la Plana, *La Defensa*, se escandalizaba porque en los juicios orales era patente «*la dificultad que encuentran algunos testigos en entender el castellano, como la mayor aún, en casi todos ellos, de expresarse en el idioma oficial*»; hacían falta intérpretes, aunque parecía «*impropio que en un tribunal tan respetable como una Audiencia, tenga que descenderse a preguntar y contestar en valenciano*»¹⁹. Ese mismo año, un grupo disidente de republicanos de extracción burguesa y formación universitaria ridiculizaba al dirigente más destacado de la tradición federal, el zapatero Francesc González Chermá, porque no hablaba correctamente en español y se dirigía en catalán a sus partidarios. Identificado con lo rural, envuelto en el mismo paquete que el resto de comportamientos que era necesario eliminar para resultar urbano y moderno, el destino del «*lenguaje bárbaro*», la «*jerga catalana-valenciana*» era un destino manifiesto. Ni siquiera se libraba de la imprecación lingüística el máximo dirigente de la política dinástica en la provincia, un ex tejedor de Lluçena que había hecho carrera merced a su amistad con el general Ü'Donnell²⁰.

En este marco, el republicanismo populista renovado en los últimos años del siglo XIX acentuó una valoración positiva de determinados aspectos de la cultura popular, mientras bloqueaba completamente cual-

¹⁹ «Necesidad sentida», *La Defensa*, 13-5-1883, pp. 1-2.

²⁰ M. MARTÍ, *Cossieros i anticossieros. Burguesia i política local (Castelló de la Plana, 1875-1891)* (Castelló, 1985).

quier posibilidad de modernizar su expresión lingüística, con lo que contribuía a reforzar la situación diglósica²¹. Las contradicciones latentes en esta situación se pusieron de manifiesto, por ejemplo, en la evolución de la fiesta de las *Falles*. De celebración popular mal vista, pasaron a convertirse, en un complejo proceso de mediación, en el rito principal de lo que A. Ariño ha dado en llamar «valencianismo temperamental»: la exaltación de determinados aspectos considerados como representativos de lo autóctono (entendido como comunidad prepolítica), pero mantenidos siempre en un plano subordinado respecto de los valores sociales, culturales y políticos establecidos. El arraigo de estos estereotipos fue, además, desigual, limitándose al área de influencia de la ciudad de Valencia, y no al conjunto del País Valenciano²².

Por su parte, el catolicismo valenciano, después de titubeos y fracasos, halló una fórmula de inserción social que le reportó grandes éxitos y, a la larga, una considerable fuerza política: el sindicalismo agrario. La influencia eclesiástica se mantuvo, consolidó o intensificó sobre la base de una dirección en manos de ciertos sectores de propietarios, interesados en la estabilización del orden social y en el endurecimiento del marco político, y una clientela de labradores con propiedad insuficiente, deseosos de confirmar su estatus como pequeños productores independientes mediante el acceso al crédito no usurario y el mantenimiento de una disciplina moral que asegurara la viabilidad de la explotación agraria familiar²³. A diferencia de parte de la Iglesia catalana, la valenciana no encontró mayores motivos para lanzar una propuesta nacionalizadora alternativa a la española con objeto de reforzar los mecanismos de cohesión social. El eco obtenido por sus proyectos de penetración en la sociedad civil parecía una garantía suficiente y los eclesiásticos valencianos comulgaron crecientemente con la interpretación confesional de la identidad nacional española²⁴.

²¹ R. REIC, *Obrers i ciutadans. Blasquisme i moviment obrer Valencia, 1898-1906* (Valencia, 1982), cap. 7; *vid.* también A. CUCÓ, *Sobre la ideologia blasquista. Un assaig d'aproximació* (Valencia, 1979).

²² A. ARIÑO, *La ciudad ritual. Lafiesta de las Fallas* (Barcelona, 1992).

²³ S. GARRIDO, *Treballar en comú. El cooperativisme agrari a Espanya (1900-1936)* (Valencia, 1996); M. MARTÍ, «Los grupos sociales agrarios en la política urbana del País Valenciano: Castelló de la Plana durante los siglos XIX y XX», *Noticario de Historia Agraria*, núm. 11 (1996), pp. 57-79.

²⁴ R. REIC, *Blasquistas y clericales. La lucha por la ciudad en la Valencia de 1900* (Valencia, 1986); R. VALLS, *El partit catMic* (Valencia, 1993).

Cuando apareció una formulación política nacionalmente alternativa a la española, en los primeros años del siglo XX, fracasó, aunque se mantuviera como opción cultural y política minoritaria²⁵. Quizá valga la pena apuntar que los motivos de ese fracaso cuentan con explicaciones históricas que parecen insuficientes. Esas interpretaciones aluden al dualismo geográfico y lingüístico de la región, al presunto atraso económico y social y a las actitudes políticas de los principales grupos sociales, factores que, por su carácter general, resultan poco convincentes. Tampoco lo son más las explicaciones que hacen referencia a las circunstancias políticas en las que surgió el primer valencianismo²⁶. El hecho cierto es que, a principios del siglo XX, la cultura política de los valencianos era ya sólidamente nacional-española. España era el ámbito de identificación política, por más que ésta se hiciera (oralmente y en la prensa satírica) en catalán y fuera compatible con una fuerte afirmación regional e, incluso, con una crítica recurrente al centralismo, pero no al unitarismo nacional.

Quizá sea un ejemplo elocuente el análisis de la evolución del nomenclátor urbano de Sueca. En 1860, ni una sola calle estaba dedicada a persona alguna, pues más de la mitad de las vías públicas eran conocidas por sus topónimos tradicionales y otro tercio largo ostentaba una denominación religiosa. Al inicio de la tercera década del siglo XX, los referentes católicos sólo representaban un poco más de la cuarta parte del total (aunque habían aumentado en cifras absolutas) y las calles en las que el nombre tradicional coincidía con el oficial no llegaban ni al 11 por 100. Tras los temas religiosos, los motivos más habituales (con cifras semejantes, que suponían entre el 15 y el 17 por 100 del total) eran los nombres de hijos ilustres de la localidad y los referidos a personajes de la historia nacional de España. Aparte de algún caso aislado (como Espronceda o Colón), se trataba del santoral completo de la tradición liberal-republicana española: Riego, Mendiábal, Espartero, Prim, Ruiz Zorrilla, Sagasta, Figueras, Pi, Salmerón, Castelar, Pérez Galdós... Aunque los habitantes de Sueca continuaran llamando por su nombre tradicional a muchas de las vías urbanas bautizadas, el hecho de que la cuarta parte de las nuevas denominaciones

²⁵ A. Cucú, *El valencianisme polític, 1874-1936* (Valencia, 1971); hay edición en español (Barcelona, 1978).

²⁶ M. MARTÍ, «Epíleg. Apunts per a una reconsideració històrica (i, potser, cívica) del republicanisme valencià», en I. I. HERRÁIZ y P. REDÓ, *Republicanism i valencianisme (1868-1938): la família Huguet* (Castelló, 1995), pp. 217-273.

aparecidas en ese lapso de tiempo supusieran una rotunda afirmación nacional-española (sólo la calle dedicada a Jaime I puede prestarse a una interpretación ambigua) no deja de ser indicativo, por lo menos, de la actitud de los grupos dirigentes locales, progresivamente integrados en un marco de referencia español²⁷.

Por todo lo anterior, evaluar el proceso de nacionalización española antes de la crisis definitiva de la Restauración requiere, a nuestro juicio, distinguir con precisión los distintos significados de la identidad nacional. En un primer sentido de ese proceso, el de elevación de la nación española a ámbito supremo de lealtad política, los resultados fueron concluyentes en el País Valenciano, a pesar de lo limitado de la integración política en el marco del liberalismo oligárquico. Ese éxito debe ser subrayado por cuanto un segundo sentido del término nacionalización es el de conversión de la nación en ámbito preferente de comunicación, y es evidente que España no lo era aún para muchos (seguramente la mayoría) de los valencianos de principios del siglo XX. Sus posibilidades de participar activa o pasivamente en una cultura nacional moderna española estaban todavía muy limitadas, y no sólo por la barrera idiomática²⁸.

Este fenómeno (nacionalización política plena y escasa nacionalización cultural) cuestiona, por un lado, las interpretaciones, de raíz más o menos funcionalista, que se limitan a reiterar las deficiencias del proceso de nacionalización llevado a cabo desde los aparatos y con los recursos del Estado. Quienes nos adherimos a identidades nacionales que no son reconocidas mediante la existencia de una estructura estatal deberíamos saber que ese tipo peculiar de relación social en que consiste una nación no tiene existencia en sí misma, pues sólo puede ser producto de alguna modalidad específica de acción social, a la que, muy equívocamente, se suele llamar nacionalismo. Sí sabemos, desde luego, que esa acción social peculiar no sólo deriva del acceso a los recursos de un aparato político institucionalizado, aunque sus posibilidades de éxito aumenten, en ese caso, de manera exponencial.

Pero, por otro lado, el análisis del caso valenciano contradice a quienes subrayan el carácter fuertemente oligárquico y no integrador del liberalismo español del siglo XIX, pues, en aquella situación de debilidad relativa de los mecanismos homogeneizadores formalizados,

²⁷ MARTÍ, «La tensa estabijital...», *op. cit.*

²⁸ La distinción analítica entre ambos sentidos de la nación, entendida como relación social, se halla en Í. F. MIRA, *Crítica de la nación pura* (Valencia, 1985).

el arraigo de la identidad política española sólo pudo provenir de un proceso de politización de mucho mayor alcance de lo que habitualmente se reconoce. La viuda de un dirigente anarquista suecano, nacida en 1901 y escolarizada sólo hasta los doce años, lo dejó escrito con extraordinaria claridad al rememorar su infancia en el seno de una familia jornalera devota de Blasco Ibáñez: «*Primeramente diré que mi familia todos eran sencillos, pero no analfabetos; sabían leer y no pasaba nada sin enterarse en la marcha de la política de nuestra patria ¡'España!'*»²⁹.

En el fondo, la interpretación corriente menosprecia el carácter de ruptura política, social y económica representada por el proceso revolucionario liberal en la España del siglo XIX, así como el impacto de la experiencia democratizadora iniciada en 1868. En definitiva, no puede sostenerse que la trayectoria histórica de la España contemporánea fue sustancialmente similar a la de otros viejos Estados de la Europa occidental y, a la vez, argumentar que el proceso de construcción de la nación española, como comunidad cultural y moral imaginada, discurrió por cauces completamente distintos a los de los países de su entorno.

111

El análisis del caso valenciano también puede aportar elementos interesantes de reflexión sobre los problemas que atañen al surgimiento y condiciones de éxito de los movimientos nacionales alternativos al español. A partir de Joan Fuster, la mayoría de los intentos de explicación del fracaso del valencianismo político se han movido dentro de un mismo paradigma interpretativo. En su fondo se hallaba una visión de la evolución económica y social del País Valenciano centrada en la frustración de la vía industrialista y en la pervivencia de una economía de base fundamentalmente agraria, con el consecuente mantenimiento de estructuras sociales características del atraso, sobre todo por la falta de una burguesía «*tal i com Déu i Karl Marx manen*»³¹. En segundo

²⁹ M. GHAS, «Camilo Albert. Memories de la viuda d'un sindicalista suecà», *Quaderns de Sueca*, núm. 2 (1981), pp. 9-117.

³⁰ Es obvio que se alude a B. ANDERSON, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (México, 1993; ed. orig.: 1983). La cuestión de la nación como comunidad moral, en MIRA, *op. cit.*, y D. MILLER, *Sobre la nacionalidad* (Barcelona, 1998; ed. orig., 1996).

³¹ La frase es de «País Valencia: una singularitat amarga» (ed. orig.: 1973), en J. FUSTER, *Un país sense política/Reflexions valencianes* (Barcelona, 1976), p. 33.

lugar, pero en estrecha relación, aparecía, en oposición al caso valenciano, el ejemplo de Cataluña, un contramodelo que, en la interpretación de Fuster, actuaba, además, con un valor implícitamente normativo. No es ocioso recordar que *Nosaltres els valencians* («*la mena de llibre que hauria preferit de veure escrit per altri*») pretendía suscitar un debate sobre la identidad nacional de los valencianos y que fue escrito desde una posición explícitamente nacionalista, que hacía de la cuestión identitaria la piedra angular del análisis histórico y sociológico³².

Como Fuster concedía reducida importancia al valencianismo político anterior a la última guerra civil, la pieza central de su interpretación fue el análisis de lo que consideró fracaso social de la *Renaixença* valenciana, que se habría dividido en dos tendencias: por un lado, la de los literatos respetables, que practicaban una literatura nostálgica, en un catalán arcaico destinado exclusivamente al ritual de los *loes Florals*; por otro lado, la de los poetas populares, escasamente preocupados por la fijación gramatical del catalán moderno y, por lo general, ajenos a cualquier planteamiento alternativo al *statu quo* dominante en el campo cultural³³. Los primeros habrían fracasado en la forja de un público literario culto y responderían del apoliticismo del movimiento por su vinculación al conservadurismo restauracionista. Los segundos habrían carecido de ambición literaria y su dependencia política, esta vez respecto del republicanismo español, no habría sido menor. Como telón de fondo, una y otra vez, las alusiones al peculiar carácter de los principales grupos sociales en el País Valenciano del siglo XIX³⁴.

El diagnóstico de Fuster fue pronto descartado por los estudiosos de la economía del presente, al constatar el notable grado de industrialización alcanzado por el País Valenciano durante la década y media que siguió a la publicación de *Nosaltres els valencians*³⁵. Por lo que respecta a la historia, el programa de investigación abierto por la obra de Fuster y la explosión historiográfica de las tres últimas décadas han deparado un conjunto de trabajos que permiten un conocimiento del pasado valenciano del que el escritor suecano no pudo disponer. Sin embargo, y quizá por el desenlace político de la transición en el

³² 1. FUSTER, *Nosaltres els valencians* (ed. orig.: 1962); el entrecomillado, de p. 13 (se cita por la 3.ª edición, Barcelona, 1977).

³³ M. SANCHÍS GUARNER, *La Renaixença al País Valencià* (Valencia, 1968).

³⁴ FUSTER, *Nosaltres...*, *op. cit.*, pp. 221-234.

³⁵ *Vid.*, especialmente, el prólogo de E. LUJÁN a *Introducció a l'economía del País Valencià* (Valencia, 1980).

País Valencià, la reflexió històrica sobre el problema central que ocupó a Fuster ha decaïdo de forma manifesta³⁶. El resultat paradoxal és que la imatge polític-cultural del fenomen de la *Renai-xença* se manté (una vegada abandonada la interpretació social que enfatitzava la supuesta peculiaritat) en términos pareïdos a los que Fuster apunt ³⁷.

Ya hace m s de una década que los estudios de historia económica y social del País Valenci no han puesto de relieve que la im gen de un país agrario y socialmente estancado era profundamente errónea como instrumento de análisis de su historia contemporánea. La economía agroexportadora propició un desarrollo manufacturero pausado pero en absoluto despreciable. El modelo fabril manchesteriano se ha revelado, además, muy poco adecuado para describir con capacidad normativa no ya sólo el desarrollo valenciano, sino también el de la mayoría de territorios europeos³⁸. Ese cambio de perspectiva, sin embargo, no se ha incorporado más que de forma muy limitada al examen histórico de los fenómenos y procesos culturales en el País Valenci no contemporáneo.

Por el contrario, hay en *Nosaltres els valencians* una trama sólo aparentemente secundaria sobre la que quizá valga la pena volver a reflexionar. Junto a una tesis sobre la identidad nacional valenciana, Fuster lanzó un conjunto de hipótesis sobre cómo se había constituido históricamente la identidad efectiva de los valencianos como grupo humano diferenciado. Al abordar el siglo XIX, el eje de ese proceso consistiría en una tensión crónica entre centro y periferia, que se habría saldado con la incapacidad de culminar la asimilación emprendida por el centro, de un lado, y con una combinación de insurgencia localista, sucursalismo y provincianismo, del otro³⁹.

³⁶ P. RUIZ, «Consideraciones críticas sobre la nueva historiografía valenciana de los años sesenta y setenta», en I. AZAGRA, E. MATEU y I. VILLAL (eds.), *De la sociedad tradicional a la economía moderna. Estudios de historia valenciana contemporánea* (Alicante, 1996), pp. 15-33.

³⁷ M. BALI , «Consolidació de la cultura burguesa», en P. RUIZ (coord.), *Historia del País Valencia* (Barcelona, 1990), vol. 5, pp. 167-220, FURIÓ, *op. cit.*; en T. CARNERO, y I. PALAFOX, *Creixement, politització i canvi social 1790-1980*, obra que pretendía la revisión crítica del an lisis hist rico atribuïdo al nacionalismo valenciano, la cuestión ni siquiera se menciona.

³⁸ I. MILL N, «Els inicis revolucionaris de la societat valenciana contemporània. Revolució, canvi social i transformacions econ miques, 1780-1875»>, en AZAGRA et al., *op. cit.*, pp. 125-162.

³⁹ FUSTER, *Nosaltres...*, *op. cit.*, *passim*.

En realidad, hay elementos que refuerzan el aserto de que la formación de la identidad valenciana en la época contemporánea se ha producido paralelamente a la de la idea de España como Estado-nación, al compás de la compleja relación del liberalismo con las identificaciones heredadas del pasado y en la dialéctica entre la construcción de un nuevo espacio político, siempre definido a escala española, y las bien diferenciadas identidades colectivas que habían pervivido bajo la m(arquía del Antiguo Régimen. La incidencia del primer liberalismo sobre distintos gmpos sociales tuvo una importancia capital, puesto que sus fundamentos ideológicos permitieron una reelaboración cultural del pasado valenciano de notable volumen y de acusada influencia. Tal reinterpretación fue una de las consecuencias del marcado ingrediente historicista del primer liberalismo español, al pretender el establecimiento de vínculos genéticos entre las viejas libertades provinciales y las nuevas instituciones liberales ⁴⁰. En el caso valenciano, este espacio particularista que aparecía en los cimientos mismos del nuevo patriotismo español fue explorado, sobre todo, por liberales románticos de tendencia progresista, como Josep Maria Bonilla y Vicent Boix.

Bonilla fundó en 1837 *El Mòle*, la primera publicación periódico-satírica en catalán no sólo en el País Valenciano, sino en todo ese ámbito lingüístico, con cierto afán de dignificación lingüística aunque lejos de posturas arcaizantes; el periódico incluía, además, una sección fija dedicada a instmir a sus lectores en el pasado y la cultura de los valencianos. *El Mòle* era, por encima de todo, un instmmento de difusión del liberalismo y del patriotismo español, compatible con una actitud anticentralista, a menudo anticastellana e, incluso, plena de fobia con respecto a Madrid. La exaltación por Bonilla del sentido de las viejas libertades forales no implicaba la restauración de sus instituciones y, de hecho, su historicismo tenía un alcance muy limitado. La misma destmcción del régimen foral ocupó, como otros episodios del pasado valenciano, un lugar irrelevante dentro de una concepción de la historia de España similar a la del primer liberalismo, con la

⁴⁰ J. VARELA, *La teoría del Estado en los orígenes del constitucionalismo hispánico (Las Cortes de Cádiz)* (Madrid, 1983); X. ARBÓS, *La idea de nació en el primer constitucionalisme espan'ol* (Barcelona, 1986); J. G. BERAMENDI, «A función da historia no nacionalismo español», en *Actas do I Congreso Internacional de Cultura Galega* (Santiago de Compostela, 1992), pp. 125-132.

insistencia en sus orígenes remotos, el aplauso de la labor unificadora de los Reyes Católicos, etc. 41.

La postura de Vicent Boix (que, como Bonilla, militó en el progresismo, siendo además autor de una prolífica producción novelística e historiográfica) fue, en cambio, sustantivamente distinta. Boix publicó entre 1845 y 1848 la *Historia de la Ciudad y Reino de Valencia*, una obra monumental en la que una Valencia personificada protagonizaba la narración. No se trataba sólo de un trabajo erudito, sino también de un esfuerzo evidente por mostrar a sus contemporáneos que Valencia tenía una identidad histórica propia, manifestada a través de las generaciones anteriores, cuyo recuerdo no debía desaparecer, pues dotaba de continuidad temporal a los valencianos de su tiempo.

De Boix arranca la centralidad historiográfica de la conquista catalano-aragonesa (y, con ella, de la figura de Jaime I), del establecimiento del régimen foral y de su abolición violenta, vista como un error fatal. El foralismo de Boix y, en general, su marcado historicismo no apuntaban tampoco a la restauración de las viejas instituciones, sino que insistían en su carácter de aspecto fundamental del pasado colectivo, base insustituible de la construcción de la patria española. En 1855, con sus *Apuntes históricos sobre los Fueros del antiguo Reino de Valencia*, Boix volvió a insistir en la identidad histórica de Valencia y en su reivindicación, mientras que, como en la *Historia*, la interpretación de la idea de España era netamente liberal y en nada contrapuesta a la historia valenciana. Lo que el escritor progresista pretendía era el reconocimiento de la diversidad pasada en la unidad nacional moderna, pero, a diferencia de Bonilla, legó todo un repertorio para la construcción del imaginario simbólico del regionalismo 42.

Los ejemplos de Bonilla y Boix muestran cómo la construcción, fragmentaria y contradictoria, de la identidad valenciana (o, al menos,

⁴¹ E. BALAGUER, «Revolució burgesa i qüestió nacional a través d'«El Mòle» (1837-1840/41)», *La Rella* 3 (1984), pp. 51-61, Y «Una revista popular valenciana: El Mòle (1837-1840/41)», *Caplletra*, núm. 4 (1988), pp. 69-78. Sobre Bonilla, A. LAGUNA y E. ORTEGA, *Un periodista romàntic en la revolució burgesa: José María Bonilla* (Valencia, 1989).

⁴² P. VICIANO, *La temptació de la memòria* (Valencia, 1995); V. ESCRIVÀ, «Vicent Boix i Ricart (1813-1880): les bases del folklorisme renaixentista valencià», en A. MANENT y I. MASSOT (eds.), *Miscel·lania Joan Gili* (Barcelona, 1988), pp. 227-257; V. SALVAJOH, «Crítica i activitat editorial a València: Cabrerizo, Boix, Bonilla», en *El segle romàntic* (Vilanova i la Geltrú, 1997), pp. 137-153. Sobre Boix, E. ORTEGA, *Vicent Boix* (Valencia, 1987).

la posibilidad de disponer de materiales culturales para llevarla a cabo) se produjo *desde dentro* del patriotismo español. Los dos autores citados no agotan el elenco de suministradores de elementos simbólicos para la imaginación de la personalidad regional, que contó con las aportaciones de moderados como P. Sabater, M. Roca de Togores y Josep Bernat i Baldoví (bastante atípico, este último, si se toma como punto de referencia los criterios estéticos de los sectores afines al moderantismo) e incluso con contribuciones destacadas desde el campo anti-liberal (J. A. Almela, A. Rodríguez de Cepeda y A. Aparisi i Guijarro)⁴³. El costumbrismo literario, el teatro popular, la pintura de costumbres y de género, así como otras manifestaciones culturales, confluyeron también en la fabricación de un repertorio codificado como representativo de lo regional⁴¹.

Por todo ello, los reproches que usualmente se lanzan contra el grupo conservador que, encabezado por Teodor Llorente, acabó personificando, durante los primeros años de la Restauración, la *Renaixença* valenciana, parecen, como poco, exagerados y, en ocasiones, injustificados⁴⁵. De un lado, se le imputa la no politización del movimiento por su vinculación al conservadurismo dinástico, pero es que no hubo, durante el siglo XIX, planteamiento de la identidad valenciana que no fuera, al mismo tiempo, español. La fabricación de la región que los diferentes sectores de la *Renaixença* impulsaron se hizo en el marco de la creación de la identidad nacional española y no contra ella. Frente a las acusaciones de separatismo, los promotores de la *Renaixença* (todos ellos, y no sólo el sector conservador) reaccionaban alegando su patriotismo español, que era del todo sincero⁴⁶.

⁴³ V. SIMBOR, «El primer romanticisme valencià i l'origen de la Renaixença», en R. ALEMANY (ed.), *Estudis de literatura catalana al País Valencià* (Benidonn-Alicante, 1987), pp. 75-97

⁴¹ Son interesantes las reflexiones al respecto de C. GRACIA, «Pintura i escultura al segle XIX», en E. A. LLOBREGAT y J. F. YVARS (dir.), *Història de l'Art al País Valencià* (Valencia, 1998), vol. 3, pp. 103-175; de la misma autora, *El arte valenciano* (Madrid, 1998).

⁴⁵ *Vid.*, por ejemplo, R. BLASCO, «Deis límits i de la densitat de la "Renaixença" valenciana», *L'Espill*, núms. 6-7 (1980), pp. 165-178; A. CUCÓ, *País i Estat: la qüestió valenciana* (Valencia, 1989), pp. 112-118.

⁴⁶ F. ARCHILÉS y M. MAHTI, «Renaixença i identitats nacionals al País Valencià», en *Bernat i Baldoví i el seu temps* (en curso de publicación), donde se amplía la argumentación referente a todo este epígrafe. Sobre los procesos de «construcción de la región», X. M. NÚÑEZ SEIXAS, «Region-building in Spain during the 19th and 20th

Por otro lado, los críticos del conservadurismo de la *Renaixença* han subrayado las limitaciones de sus planteamientos literarios. En este sentido, es cierto que la imagen trazada por Llorente responde a un ruralismo ideal, traspasado de presupuestos sexistas y con un programa estético muy restringido, inspirado en una sublimada visión de la huerta de Valencia y codificado en una visión estática y de consenso social. Pero también es verdad que los materiales usados por Llorente para imaginar la identidad valenciana no fueron creados de la nada, ni compartidos únicamente por el grupo conservador. A Llorente, y a su papel protector de la *Renaixença*; a tras el parapeto apolítico⁴⁷, se debe, al menos, que ese imaginario fuera articulado, con ambición regional, como identidad valenciana, por sesgada que pueda parecer.

A este respecto, debe ponerse en cuestión el carácter supuestamente alternativo de la tradición republicana que informó la corriente populista de la *Renaixença* y que suele personificarse en la figura de Constantí Llombart (el nombre literario que adoptó el escritor Carmel Navarro). A pesar de la persistencia en identificar a Llombart con un ala del movimiento que habría mostrado una mayor consecuencia en materia lingüística y que constituiría el antecedente inmediato del valencianismo político, no parecen existir bases objetivas para trazar tan nítida frontera. Al cabo, Llombart era un republicano federal y, por eso mismo, defensor, en la línea de Bonilla o Boix, de la idea de patria española⁴⁸. Uno de sus más directos discípulos, Vicent Blasco Ibáñez, dio nombre al fenómeno político que llevaría al paroxismo la afirmación (no tan distinta, en el fondo, de la sostenida por el regionalismo conservador) de un particularismo brutalmente localista (como los elaborados, paralelamente, en ciudades como Castelló de la Plana o Alacant)⁴⁹ y exaltadamente español en lo nacional⁵⁰.

centuries», en G. BRINN (Hrsg.), *Region und Regionsbildung in Europa. Konzeptionen der Forschung und empirische Befunde* (Baden-Baden, 1996), pp. 175-209.

⁴⁷ R. ROCA, *Teodor Llorente, ideòleg de la Renaixença valenciana*, tesis de licenciatura inédita (Universitat de València, 1996); una evaluación ponderada de la aportación literaria de Llorente, en V. SIMBOR, «Introducció», a T. LORENTE, *Poesia* (Valencia, 1996), pp. 7-35.

⁴⁸ R. BLASCO, *Constanllí Uombarl i Lo Ral Penal* (Valencia, 1984); una visión menos favorable al personaje, en M. LLORIS, *Constanllí Llombart* (Valencia, 1982).

⁴⁹ L. MESEGUER, «La invenció de Castelló de la Plana», en *Esludis de llengua i literatura catalana*/32. *Miscel·lània Germà Colon* (Barcelona, 1996), pp. 171-181; E. RODRÍGUEZ BERNABEU, *Alacant contra València* (Barcelona, 1994).

⁵⁰ R. REIG, «Un valencianisme mal educat», *L'Avenc*, núm. 214 (1997), pp. 17-21.

Para el debate historiográfico, el análisis del proceso de construcción de una identidad regional en el caso valenciano supera también la pura anécdota, pues permite una interesante reflexión comparativa en relación con el surgimiento del nacionalismo catalán. En primer lugar, cabe sostener que, como en Cataluña, el primer liberalismo promovió la creación de un lenguaje de doble patriotismo, de fundamentación de la nueva identidad nacional en la reelaboración de la vieja identidad territorial, aunque en Valencia la iniciativa no resultó tan escorada hacia posiciones conservadoras como parece haber ocurrido, al menos en su formulación original, en el caso catalán⁵¹. En segundo lugar, la peripecia valenciana muestra con claridad que la función de la *Renaixença* consistió, tanto en el País Valenciano como en Cataluña, en la aportación de materiales culturales y en el inicio de una labor de (re)construcción de la identidad propia, pero también pone de relieve que de ello no se desprendería, necesariamente, un camino directo ni unidireccional que condujera a la enunciación de un planteamiento nacional alternativo.

Si se toma el caso valenciano como término comparativo, se revela todavía con mayor contundencia la falacia que se oculta tras la visión de la *Renaixença* como despertar de una conciencia nacional adormecida, que es propia de la reinterpretación nacionalista posterior (de hecho, los primeros valencianistas reverenciaban a Llorente, contra lo que ha devenido en ritual para el nuevo nacionalismo surgido contemporáneamente a la obra de Fuster). Quienes han subrayado, para el caso catalán, la discontinuidad entre *Renaixença* y nacionalismo pueden contar con otro elemento que refuerza su argumentación⁵².

Pero, al mismo tiempo, el ejemplo valenciano plantea un reto a la reflexión acerca de las condiciones que hicieron posible, en los decenios interseculares, la consolidación en Cataluña de un movimiento que postulaba una identidad nacional nueva. Contra aquellas interpretaciones que parecen limitarse a suponer la presunta funcionalidad socialmente conservadora del nuevo lenguaje nacional⁵³, la trayectoria

⁵¹ I. M. FRADERA, *Cultura nacional en una societat dividida* (Barcelona, 1992).

⁵² I. L. MARFANY, «Mitologia de la *Renaixença* i mitologia nacionalista», *L'Avenc*, núm. 164 (1992), pp. 26-29; M. ALMIRALL, «L'espanyolitat dels fundadors de la *Renaixença*», *L'Avenc*, núm. 169 (1993), pp. 58-60.

⁵³ Éste es (junto a su visión de una cultura nacionalista casi petrificada desde su génesis) el punto más discutible de la obra de J. L. MARFANY, *La cultura del catalanisme* (Barcelona, 1995), que sigue en esto el conocido (pre)juicio de E. HOBSBAWM, *Naciones*

divergente del caso valenciano muestra que, como ha reiterado Miroslav Hroch, distan de estar claras las razones por las que determinados individuos resuelven embarcarse en una agitación política de carácter nacionalmente alternativo⁵⁴.

Finalmente, para aquellas personas que, dentro o fuera de Cataluña, consideren que la supervivencia de la lengua catalana y de una cultura moderna que la use como vehículo son factores positivos, el caso valenciano debería servir como recordatorio de que sólo hay una cosa peor que la existencia de un nacionalismo alternativo con innumerables imperfecciones: su impotencia. No está de más recordarlo, a la vista del debate ideológico y político en curso.

y *nacionalismo desde 1780* (Barcelona, 1991; ed. orig., 1990). Cf. la reseña de J. CASASSAS al libro de Marfany, en *Ajers. Fulls de recerca i pensament*, núm. 22 (1995), pp. 633-638.

⁵⁴ M. HROCH, «Real and constructed: the nature of the nation», en I. A. HALL (ed.), *The State and the Nation: Emesl Gellner and the Theory of Nationalism* (Cambridge, 1998), pp. 91-106.